4181

En verso y prosa

Carrillo

17

HISTORIA

TICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
Estados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

N JERÓNIMO BECKER

ra, que acaba de ponerse á la venta,
n amplio y fiel extracto los principales
examina con imparcialidad la historia
eñala sus defectos y expone con minu-
alles lo referente á las relaciones exte-
España, siendo, por tanto, de gran inte-
onocer de un modo exacto el aspecto
o de la cuestión cubana.
o en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

JESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la
dias del Tribunal Supremo de Justicia,
obación de la Regencia provisional del

omos en folio, 50 pesetas.

BIÓFILOS ESPAÑOLES

ón completa de todos los tomos publi-
esta sociedad, de que se hallan la ma-
agotados.
blicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

n hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

EN VERSO Y PROSA.

COMEDIA ORIGINAL

EN UN ACTO,

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

CÁDIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
CALLE DE LA BOMBA NUM. 1.
1861.

Al Sor. D.n Francisco Luis de Retes,

en testimonio de sincero aprecio

su amigo

Maximino Carrillo
de Albornoz

Al Sr. D. Abelardo de Cárlos.

Acepte V. con la misma benevolencia y aprecio que le inspiran todos mis modestos escritos, esta imperfecta produccion que apenas merece el nombre de ensayo, y que escribí en los primeros años de mi ya pasada adolescencia.

La dedico á V. como una pequeña muestra de mi consideracion y constante simpatía, y espero que la recibirá tal como es; es decir, con toda la inexperiencia de que adolece y con todos los defectos que contiene.

Yo quisiera que fuese una obra de mérito; mas supla lo escaso de su valor el deseo que tiene de aprovechar cualquier coyuntura propicia para ofrecerse de V. como uno de sus mas apasionados amigos

PERSONAS.

DOÑA LUISA.
ANA.
AMALIA.
FACUNDO.
FERNANDO.
RUFINO.
UN CRIADO.
UN LACAYO *que no habla.*

La accion se supone en Madrid.

608847

ACTO UNICO.

Gabinete de Fernando lujosamente ataviado aunque con algun desórden en la colocacion del mueblage.—Mesa con recado de escribir y un cartapacio.—En un rincon un caballete y en él un retrato de mujer sin concluir y vuelto de cara hácia la pared.—Paletas, lienzos, pinceles y demás objetos pertenecientes á la pintura.—Puerta en el fondo y un balcon á la derecha.—Puerta lateral en la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUISA, *que entra por la puerta del fondo al alzarse el telon.*

DOÑA LUISA.

¡Qué desórden! qué desarreglo tan completo! Estos jóvenes tienen dada la cabeza á pájaros. Agregue V. á esto el descuido de mis criados y tendremos ajustada la cuenta. Segura estoy de que no habrá entrado aquí, uno solo desde que caí en cama. Ya se vé; así está el gabinete de mi hijo que parece una escuela de danzantes.

ESCENA II.

DOÑA LUISA, *el* CRIADO.

CRIADO.

Señora!

DOÑA LUISA.

Qué ocurre?

CRIADO.

D. Rufino de la Alcubilla me ha dado esta targeta *(entregándosela)* y dice que desea ver á V. ¿Le digo que pase á la sala?

DOÑA LUISA.

No, es persona de confianza y puedo recibirle aquí. Que entre. *(Váse el criado).*

ESCENA III.

DOÑA LUISA, *luego* RUFINO.

DOÑA LUISA.

(¿Qué me querrá el bueno de D. Rufino?)

RUFINO.

¿Dá V. su permiso?

DOÑA LUISA.

Adelante.

RUFINO.

A los piés de V., mi señora Doña Luisa.

DOÑA LUISA.

Beso á V. la mano, D. Rufino.

RUFINO.

Supongo que no habrá V. tenido ningun nuevo percance en su interesante salud....

DOÑA LUISA.

No, mil gracias; pero ¿puedo saber á qué feliz ocurrencia debo el gusto de verle en casa tan de mañana?

RUFINO.

(Cada vez estoy mas turbado y confuso. Confieso que soy algo pusilánime y reniego de mis...) Señora Doña Luisa... yo... yo venia...

DOÑA LUISA.

Vamos, anímese V. Ya sabe que puede hablarme con franqueza.

RUFINO.

Es V. tan buena y tan bondadosa y tan sensible, que... á la verdad, yo....

DOÑA LUISA.

D. Rufino, ¿se ha vuelto V. tartamudo?

RUFINO.

Es que.... *(Cada vez con mayor encogimiento.)*

DOÑA LUISA.

He advertido que tiene V. la malhadada costumbre de darse á entender por medio de monosílabos y confieso que no los comprendo. Suplico á V. que hable con claridad.

RUFINO.

Sí, señora, sí; la claridad es una virtud muy recomendable. (Pues señor, pecho al agua.)

DOÑA LUISA.

(Está despacio!!!) Tenga V. la bondad de tomar asiento. *(Se sientan.)*

RUFINO.

Con permiso de V. (Así como así me tiemblan las piernas horriblemente y siento unas crispaturas...)

DOÑA LUISA.

Vamos, estoy esperando la relacion de V.

RUFINO.

Pues.... sí, señora; ayer.... Supóngase V. que tuve un placer muy vivo... vivísimo. Supe la llegada de Anita... de mi señorita Doña Ana, su lindísima hija de V.—(Jesus! estoy sudando á mares!)

DOÑA LUISA.

Siempre le he considerado como uno de nuestros mejores amigos y estoy persuadida del verdadero interés que le inspiramos.

RUFINO.

Sí, señora; un interés puro, sin límites; un interés que raya en lo fabuloso y Anita... la adorable Anita...

DOÑA LUISA.

(¿Si estará este ente enamorado de mi hija?)

RUFINO.

Anita sobre todos ustedes. Cuando se ausentó de Madrid no supe lo que me pasaba.... vertí un mar de lágrimas.

DOÑA LUISA.

Pobre Don Rufino! Se conoce que es V. demasiado tierno.

RUFINO.

Mucho, señora; soy como una manteca. (Estoy trémulo.... no sé lo que me digo.)

DOÑA LUISA.

Válgame Dios, qué palidez! ¿Está V. malo, Don Rufino?

RUFINO.

Del corazon; señora... es una afeccion moral... pero crea V. que... que no es nada. Un vahido...

DOÑA LUISA.

Entonces procederá mas bien del estómago. ¿Quiere V. tomar algun refrigerio?

RUFINO.

No, señora, gracias. Yo venia... venia á suplicar á V. que me concediese una entrevista... como si dijéramos un momento de audiencia, para decir á V...

DOÑA LUISA.

Estoy escuchando.

RUFINO.

Que, en la seguridad de que no soy pobre... (Valor, Rufino, sonó la hora!) y que... sabiendo V. mi buena conducta...

DOÑA LUISA.

Su conducta me ha merecido siempre el mas ventajoso concepto.

RUFINO.

Ya lo sabe V., señora; soy muy morigerado... las costumbres del dia no me contagian. Comedido con el bello sexo.... respetuoso con los hombres...

DOÑA LUISA.

Sí, sí, es demasiado cierto; lo sé.

RUFINO.

Ya vé V. las costumbres de los hombres de la corte. Tanto les importa seducir á una niña como darse de estocadas y matar á un prójimo. Yo soy muy distinto de eso: para mí una vírgen es un santuario, é ignoro lo que es un duelo. La sangre de un semejante... ¡ay!

DOÑA LUISA.

¿Se vá V. á desmayar, Don Rufino?

RUFINO.

Nada de eso, señora; decia que los jóvenes de Madrid están completamente corrompidos. Yo quiero segregarme, huir de ellos para siempre, y he pensado contraer vínculos matrimoniales con una señorita...

DOÑA LUISA.

¿Ignora V. que el matrimonio?...

RUFINO.

Es un sacramento, una institucion santa aprobada por la Iglesia.—Y como la jóven á quien amo es la representacion del pudor y la inocencia... como su educacion y su belleza y su...

DOÑA LUISA.

Se conoce que está V. extremadamente apasionado.

RUFINO.

Ciego, señora: Cupido ha tocado en mi corazon con la mas aguda de sus flechas.

DOÑA LUISA.

Y es V. correspondido?

RUFINO.

Sí, y no, señora.—El ángel de mis ensueños es posible que nada sepa todavía; pero mis ojos... ¡ay Doña Luisa! mis ojos le han dicho mil veces...

DOÑA LUISA.

Y puedo saber?...

RUFINO.

Voy á decirlo, señora; voy á decirlo porque... la verdad, solo á eso he venido. Anita...

DOÑA LUISA.

Mi hija?

RUFINO.

Su hija de V.

DOÑA LUISA.

Vamos, acabe de explicarse.

RUFINO.

Pues bien, es ella... y yo... de hinojos ante V. *(Queriendo arrodillarse.)*

DOÑA LUISA.

Por Dios, Don Rufino, que vá V. á mancharse los pantalones; levántese V.

RUFINO.

Me perdona V.?... ¿Será tan buena que me permita llamarle mamá?

DOÑA LUISA.

Por mi parte, si ella lo quiere y no rechaza su mano....

RUFINO.

¡Dios mio!... yo me vuelvo loco! ¿Con que será mia?

DOÑA LUISA.

Ya he dicho que no me opongo; pero eso lo ha de hacer ella.... ella sola.

RUFINO.

Sí, señora, sí, ya lo comprendo y soy el mas feliz de todos los mortales.

DOÑA LUISA.

Pero ¿está V. seguro de ser correspondido?

RUFINO.

La amo tanto!!!

DOÑA LUISA.

No basta eso; es menester que ella....

RUFINO.

Me querrá, me querrá. (Cáspita! me he portado; he estado valiente... como nunca.)

DOÑA LUISA.

Ahora.... si V. me permite....

RUFINO.

Sí, mamá, querida mamaita... yo volveré mas tarde. Indíquela V...

DOÑA LUISA.

Eso no lo espere V. por ahora.

RUFINO.

Bueno, bueno; V. me lo promete y...

DOÑA LUISA.

(Hombre mas necio!) Adios, Don Rufino.

RUFINO.

Sí, sí; hasta luego, mamá...—A la disposicion de V.

ESCENA IV.

DOÑA LUISA.

Me parece todo un infeliz, pero ya demasiado meticuloso.—Yo tampoco estoy por esos jóvenes del dia tan calaveras, tan presumidos en su mayor parte, mas no por esto quisiera tropezar en el polo opuesto confiando á un marica la mano de mi querida Ana, de mi hija por cuya dicha debo y quiero velar constantemente. Por eso dudo mucho que quiera corresponderle.—Seria un marido sumiso, pero no del todo simpático.—Los hombres deben demostrar que lo son: si él no toma la iniciativa no seré yo quien lo haga.—Entretanto será bueno permanecer á la espectativa. *(Pausa.)* Ya creo que se acerca mi Ana.

ESCENA V.

DOÑA LUISA.—ANA.

ANA.

Felices dias, mamá. *(Besándola.)*

DOÑA LUISA.

Qué tal, ¿has descansado, hija mia?

ANA.

Cerca de V. perfectamente. Por eso tenia tantos deseos de volver á Madrid.—Y Fernando?

DOÑA LUISA.

Nuestro pintor tan madrugador como siempre. Se habrá levantado para ir á contemplar las ricas galas con que se ostenta la Aurora, como diria un poeta, y de paso...

ANA.

A dónde, mamá?

DOÑA LUISA.

Presumo que á rondar á alguna reina de sus pensamientos.

ANA.

¿Tan enamorado le supone V.?

DOÑA LUISA.

¿Qué jóven á sus años no tiene ya alguna inclinacion por mas que esta sea pasajera? Creo, pues, que lo está; pero esto no me alarma porque estoy segura de que siempre será el mejor de los hijos y el mas cariñoso de los hermanos.

ANA.

Dice V. bien, la ternura de V. y mi profundo afecto, le enorgullecen, le hacen feliz. Anoche sin ir mas lejos...

DOÑA LUISA.

Continúa, hija mia.

ANA.

Como la indisposicion de V. le impedia llevarme al teatro de Oriente y la *Favorita* es mi ópera predilecta.... le rogué que nos llevase, y accedió á mi súplica, faltando á la palabra que habia dado á un amigo.

DOÑA LUISA.

Y sabes qué palabra era esa?

ANA.

Segun creo, el amigo mencionado es poeta. Ensayábase, no sé en donde, una de sus obras dramáticas, y Fernando le habia prometido...

DOÑA LUISA.

Te comprendo, hija mia. Ese amigo de tu hermano es un jóven muy apreciable; pero algo lijero de cascos.

ANA.

Y consiente V. que se trate con él?

DOÑA LUISA.

No es indigno de ello, Anita; sus pocos años y sobre todo su viveza le disculpan.

ANA.

No recuerdo...

DOÑA LUISA.

Probablemente no le conocerás. La amistad de ámbos data de pocos dias despues de tu marcha á Sevilla; pero como los dos son casi de una edad, y ámbos son ricos y concurren á unas mismas tertulias....—Pero hablemos de ayer. ¿Te divertiste mucho? Estuviste en el Prado con Amalia?

ANA. *(Algo turbada.)*

Sí.... un rato.

DOÑA LUISA.

No estuvo Fernando allí?

ANA.

Al oscurecer se incorporó con nosotras y desde allí nos dirigimos á casa de Amalia para ir luego al teatro. Fernando escribió á su amigo dándole algunas disculpas y despues nos consagró el resto de la noche.

DOÑA LUISA.

Tal vez no haya tenido tanta parte la fraternidad como el amor en ese sacrificio. ¿Sabes que antes de tu partida tuve ocasion de observar cierta inteligencia ó cierta inclinacion por lo menos entre Amalia y Fernando?

ANA.

Me está V. sorprendiendo verdaderamente. Vamos, por eso no queria ella admitir mi convite.

DOÑA LUISA.

La has convidado por ventura?

ANA.

Sí, mamá; me he tomado la libertad de invitarla á almorzar con nosotras, suponiendo que V. seria gustosa en ello. ¿No es verdad?

DOÑA LUISA.

Muy mucho, hija mia.

ANA.

Alguien se acerca.—Ella es.

ESCENA VI.

Dichas, AMALIA, *seguida de un Lacayo que marcha.*

AMALIA.

No dirás que no vengo temprano. *(A Ana que corre á su encuentro.)* Señora! *(Viendo á Doña Luisa.)*

DOÑA LUISA.

Bien venida, Amalia.—V. llega bien á su casa á cualquier hora.

AMALIA.

Se ha mejorado V.?

DOÑA LUISA.

Sí, gracias; me siento perfectamente.

ANA.

Has visto á Fernando?

AMALIA.

No, no he tenido ese gusto. Supongo que desde anoche....

ANA.

Qué?

AMALIA.

No habrá tenido novedad en su salud.

DOÑA LUISA.

Amalia, ya sabe V. que la trato con franqueza. Tengo algunos quehaceres y me retiro con su permiso; con que hasta luego.

AMALIA.

Sí, sí, hasta luego.

ESCENA VII.

ANA.—AMALIA.

AMALIA.

¿Le has vuelto á ver? *(Con viveza.)*

ANA.

No; pero te confieso que esta noche he soñado con él.

AMALIA.

¿De veras?

ANA.

He soñado que llevaba mi rosa sobre el corazon y que me juraba amor eterno.

AMALIA.

Confieso que es un jóven muy guapo.

ANA.

Y yo confieso que fuí demasiado lijera y que ya estoy arrepentida. Ya ves, sin conocerle, sin haberle visto nunca, concederle un favor semejante.... Vamos, no me perdono lo que él mismo habrá juzgado una liviandad.

AMALIA.

¿No advertiste su mirada al tomar la rosa en su mano? Fué una muestra inequívoca de su agradecimiento.

ANA.

Sin embargo.... si mamá lo hubiera sabido.... si me hubiese visto Fernando....

AMALIA.

Es este el gabinete de tu hermano?

ANA.

Sí, un *maremagnum* curioso; un mosáico compuesto de paletas, lienzos, colores y pinceles. Calla! ¿qué cuadro será aquel?

AMALIA.

Tal vez algun retrato. Veámosle.

ANA.

(Volviendo el caballete.) Tu misma imágen!

AMALIA.

(Qué placer, Dios mio!) Pues yo.... no sé....

ANA.

Reserva para conmigo, Amalia? En verdad que me maravilla tu conducta.

AMALIA.

Te juro que entre los dos....

ANA.

Amalia, cuidado con jurar en falso!

AMALIA.

Si me ama no me lo ha dicho todavía.

ANA.

De verás? Temerá incurrir en tu desagrado.

AMALIA.

Pues yo no sé por qué. Siendo hermano tuyo, buen mozo y bien educado.... bien pudiera aspirar....

ANA.

A cautivar tu corazon? Pierde cuidado, yo le ayudaré á cautivarlo.

AMALIA.

No, amiga mia; si su amor es verdadero deseo que sea espontánea su manifestacion: ¿lo oyes?

ANA.

Mamá nos llama. ¿Quiéres venir adentro?

AMALIA.

Soy tuya. *(Mirando otra vez el retrato.)* (Oh! sin duda piensa en mí como yo en él. Esto me consuela y me alienta.) *(Vánse por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA VIII.

FERNANDO *(por la del fondo)*.

Hermosa mañana! Me he estado hecho un holgazan en el delicioso Retiro, sin acordarme de mi trabajo. *(Acercándose el caballete.)* Qué bella es!... He estado feliz sin duda al trasladar su imágen á este lienzo y de hoy mas tendré el gusto de contemplarla á todas horas.—Pero esta imágen no habla, está muda y quedo ignorando el estado de su corazon. Nada, á la primera ocasion me declaro y.... Ahora mismo voy á escribirle. *(Se sienta y escribe.)* "Sí, Amalia mia, mi amor...." *(Pausa.)* Así, así, corto, pero expresivo. *(Pausa.)* "Basta de silencio...." *(Pausa.)* Concluyo, la cierro y la deposito en mi cartapacio. *(Se levanta.)* Vamos, no he perdido del todo la mañana. *(Facundo grita dentro.)* Ya viene ese tronera y no quiero que vea.... *(Ocultando el retrato.)* Adelante!

ESCENA IX.

FERNANDO.—FACUNDO. *(Este trae una rosa prendida en el ojal de la levita.)*

FACUNDO.

Adios, célebre pintor;
Dame los brazos te ruego;
Vengo loco, vengo ciego
Y entusiasmado de amor.

FERNANDO.

Adios, insigne poeta.—¿Dónde te andas? ¿qué te haces?

FACUNDO

Por ese Madrid vagando
Sin darme cuenta me estoy,
Y ayer y mañana y hoy
Como un perdido me....

FERNANDO.

Sí, ya veo que te andas hecho un sempiterno rondador. ¿Estás enamorado?

FACUNDO.

Silencio, has dado en el quid de la dificultad:

Enamorado estoy como un jilguero,
Como tórtola viuda que suspira;
Como el poeta de su dulce lira,
Como los gatos en el mes de Enero.

FERNANDO.

Vamos, Facundo; basta ya de palabras sin sentido.

FACUNDO.

Pues me gusta el insulto!

Facundo me llamo yo,
Y aunque mi facundia es poca,
Podrá faltarme la boca
Pero ideas grandes.... no.

FERNANDO.

Siéntate y hazme un obsequio.

FACUNDO.

Pide, manda, ordena.

FERNANDO.

En primer lugar, que me cuentes la historia de tus nuevos amores.

FACUNDO.

Serás complacido.

FERNANDO.

Y en segundo lugar que me hables en prosa.

FACUNDO.

En prosa yo y estando enamorado!
Antes morir que verme deshonrado.

FERNANDO.

Entonces voy á taparme los oidos con las manos y á no escuchar tu relacion.

FACUNDO.

Tapártelos luego puedes;
Mas te juro por Apolo
Que en versos hablaré solo,
O hablaré con las paredes.

FERNANDO.

Pues bien, improvisador de los diablos; voy á silbar todas tus inspiraciones.

FACUNDO.

Tú las silbarás y yo las aplaudiré y quedará todo compensado.

FERNANDO.

¿Con que es fuerza resignarse!

FACUNDO.

Querido: hoy tengo un estro que me abruma; la musa me está soplando á dos carrillos, se ha convertido en un fuelle de órgano y no puedo dejar de trasmitir sus sublimes conceptos.

FERNANDO.

Pues, señor, me consagro á tu musa. Me resigno. Habla cuanto quieras.

FACUNDO.

Te hablaré de mi nuevo, de mi único amor. Escucha su historia.

FERNANDO.

Te escucho.

FACUNDO.

Ayer á las cinco en punto
Salí al Prado á pasear,
Y desde luego barrunto
Que tan mágico conjunto
No me es posible pintar.
Todo era bello, explendente
En el soberbio paseo
Cuajado todo de gente,

Y confieso francamente
Que me acometió....

FERNANDO.

¿Un mareo?

FACUNDO.

Iba á decir *deseo;* pero sacrifico la propiedad del consonante observando que al fin he de hacerte poeta. Ya verás.

FERNANDO.

No lo creas, soy partidario de la prosa.

FACUNDO.

Cada loco con su tema.—Continúo mis magníficas quintillas.

FERNANDO.

Bendiga Dios tu modestia. Prosigue.

FACUNDO.

Prosigo:

Sin saber lo que me hacia,
Y con el alma en un trís,
Por el Prado discurria,
Hasta que la estrella mia
Me condujo....

FERNANDO.

(Remedándole.) Hácia *París.*

FACUNDO.

Justamente; lo has adivinado.

FERNANDO.

Continúa.

FACUNDO.

Un vago presentimiento
Me hizo la vista volver
Hácia el gran departamento
De los coches, y al momento
Ví un ángel, no una mujer.
La carroza en que ella estaba
Con otra, amiga sin duda,
Por el espacio volaba,
Mientras yo las contemplaba
Con alma suspensa y muda.

FERNANDO.

Pero hombre, ¿dónde te encuentras los consonantes?

FACUNDO.

Ya te he mostrado que el amor me inspira
Prestando voces á mi dulce lira;

pero, por complacerte, voy á explicarme en prosa un instante.

FERNANDO.

Bendita sea tu resolucion! Ahora sí que te escucharé con agrado.

FACUNDO.

Mi Fílis iba con otra ninfa en su carretela. ¡Qué chicas!... no hay en Madrid tipos mas angelicales. Yo estaba embebido, trémulo, delirante y como en babia. Estaba horriblemente enamorado.

FERNANDO.

Así te acontece siempre.

FACUNDO.

Lo cierto es que yo no sé si mis miradas las ablandaron y conmovieron; pero al cabo mandaron á su auriga, es decir:

A un noble astur envuelto en su librea
Ancha cual todas aunque no muy fea;

mandáronle repito que detuviese el carruaje, y ámbas á dos descendieron como hadas vaporosas, mostrándome la una....

Un pié tan asesino y diminuto,
Que mi alma fué á él.... y quedé un bruto.

FERNANDO.

Facundo!

FACUNDO.

Chico, si tú no quieres
Que hable como yo quiera,
Te hablaré siempre en verso
Aunque se hunda la tierra.

FERNANDO.

Vuelvo á resignarme.

FACUNDO.

Entraron en la parte del salon que llamamos París (para diferenciarnos en todo de los franceses), y que estaba atestada, teniéndonos en prensa los unos á los otros; mas yo seguí la pista de mis adorables sílfides y me coloqué delante de ellas.

FERNANDO.

Mas propio hubiera sido seguirlas.

FACUNDO.

Yo queria precederlas para escuchar lo que se decian. Entonces una oleada de gente las empujó hácia mí....

FERNANDO.

Truhan!

FACUNDO.

Y la mas bella, la que amo con locura:

Dióme un leve pisoton;
Mas yo la dije con calma:
"Me ha pisado usté el talon
Y ya me ha robado el alma
Hiriéndome el corazon."

FERNANDO.

Así se lo dijiste?

FACUNDO.

Con la sola diferencia de que se lo dije en prosa; pero prosa que despues de haber dado algunas vueltas me valió una flor. Mírala, mira qué hermosa!

FERNANDO.

Ya ves que la prosa es mas conveniente de lo que te figuras. Si la hubieras hablado en verso te hubiera tenido por un loco.

FACUNDO.

Gracias, chico. Lo cierto es que ella.... ya puedes figurarte de quien hablo; ella llevaba esta magnífica rosa que yo habia demandado á su bondad con expresivas miradas....

FERNANDO.

Y te la dió?

FACUNDO.

Me la dió sonriendo como un ángel, é indicándome que desearia que semejante presente curase mi herida.

FERNANDO.

Donosa debe ser tu Fílida.

FACUNDO.

Hechicera! divina! No puedes figurarte mayor tesoro; pero escucha:

Dulce voz, lindo pié, pecho turgente,
Blondos cabellos, talle peregrino;
Una perla es sin duda cada diente,
Cada ademán dulcísimo asesino;
Su conjunto es armónico, explendente;
Raya en lo celestial, en lo divino,
Y tanto es su primor, su beldad tanta,
Que aun sin mirarla el corazon encanta.

FERNANDO.

Esa octava no es del todo mala.

FACUNDO.

Seguramente que me pinto solo para hacer octavas. Ahora voy á escribir un soberbio poema.

FERNANDO.

Con qué asunto?

FACUNDO.

Relativo á mi amor.

FERNANDO.

De esa suerte, pensarás dedicárselo....

FACUNDO.

Sí, á ella, á ella.... la quiero tanto!

FERNANDO.

Y cómo se titula tu obra?

FACUNDO.

"Para una herida un remedio."—Escucha el principio.

FERNANDO.

Escucho.

FACUNDO.

Aunque sin vida y sin sosiego canto
No de mi estrella lamentarme quiero,
Ni menos ¡ay! aminorar el llanto
Que vierto triste por quien triste muero.
Tanto es mi amor y mi delirio tanto
Y tanto al par de su bondad espero,
Que á pesar de exhalar por él la vida
Con ese mismo amor sano mi herida.
Y ¿á quién debo este bien? á ella piadosa;
A ella tan dulce, que al herirme, ufana
Me dió esperanzas con su linda rosa
Tan pura como ella y tan galana.
Y entre el vivir y entre la muerte odiosa
El mal contra mi bien necio se afana,
Porque si el mal de amor me hizo una herida
Tambien el mismo amor me dió la vida.

FERNANDO.

Metafísico estás; ¿es que no comes?

FACUNDO.

(Mirando hácia el balcon.) Cielos! qué miro?... una carretela!... y es la misma de ayer!... oh! dí si no tengo telarañas en los ojos....—Luego vuelvo.

FERNANDO.

A dónde vas?

FACUNDO.

Vuelvo pronto. Adios.

ESCENA X.

FERNANDO, *luego* ANA.

FERNANDO.

Tronera semejante!... Verdad es que tiene un corazon excelente y que me profesa una verdadera amistad.—En fin, voy á ver si trabajo un poco; pero aquí viene mi hermana. Está visto que hoy no me han de dejar ni un momento.

ANA.

Fernando.

FERNANDO.

Felices dias, Anita.

ANA.

Vengo á ver si quieres almorzar con nosotras y espero que no nos dejarás desairadas. *(En tono de broma.)*

FERNANDO.

Pues justamente os pido mil perdones. Estoy completamente desganado y solo pienso tomar, algo mas tarde, una taza de caldo.

ANA.

Ingrato! Si supieras quien te aguarda en la mesa!

FERNANDO.

Ignoro....

ANA.

Es una jóven que acaso te agradaria estar á su lado.

FERNANDO.

Amalia tal vez?

ANA.

La misma; lo has acertado.

FERNANDO.

Vamos, vamos á almorzar.

ANA.

(Maliciosamente.) Sin embargo, si no tienes apetito....

FERNANDO.

Vamos, hermana. No estoy tan desganado como te figuras. *(Vánse por la izquierda.)*

ESCENA XI.

FACUNDO.

Pues señor, me he equivocado;
Como un chino me engañé
Al juzgar que esa carroza
Era la misma de ayer.
Pero ¿dónde está Fernando?...
Sin duda aquí le dejé
Cuando ví la tal corroza,
Y ya no está. Huyó el infiel!
¿A dónde se habrá metido?...
Ya caigo!... dieron las diez
Y estará desayunándose
Sentado á mesa y mantel.
Tragon!... Frente de este cuarto
El refectorio se vé;
Voy á mirar.... en efecto,
(Acercándose á la puerta.)
Allí está.... ¡Por San Babés!
¡Qué descubro?... Dos pimpollos
Tambien engullen con él
Y si yo no me equivoco....
¡Cielo santo!... ¿qué miré?
Es ella!... Su mismo rostro,
Su frente.... su talle es....
Adios, romance, adios versos!
Adios, asonante en *é!*

En lances de esta naturaleza me falta el estro y la musa me abandona. Señor ¿estaré soñando? ¿No es mi ninfa de ayer la que estoy viendo allí junto á Fernando?—Y yo que le he contado la aventura de la pisada y del corazon y de la rosa y la herida!... Bárbaro de mí!... Él me ha dicho algunas veces que tenia una hermana en Sevilla.... Pues señor, si es ella su hermana hemos hecho un pan como unas hostias porque, á decir verdad:

Lo que á un amante enternece
Y parece soberano,
Tal vez despues á un hermano
Reprensible le parece.
Y si ella aumentó mi amor
Dando del suyo un testigo....
Tal vez no guste á mi amigo
La aventura de la flor.

¿Qué haré?... Pintor de los diablos! ¿por qué he venido á verte tan de mañana?—Musa pecadora! por qué razon me soplaste tanto?—Él aquí con sus paletas y sus pinceles, estará gozando contínuamente con la vista de mi bella, y yo, por esos mundos, como perro callejero,

Buscándola andaba en vano
Y por mayor desventura,
Vine á contar mi aventura....
A quién, señor? á su hermano!

ESCENA XII.

FACUNDO.—RUFINO.

RUFINO.

Dá V. su permiso?

FACUNDO.

Hola! ¿V. por aquí, señor Alcubilla?

RUFINO.

Servidor de V.

FACUNDO.

¿Quién diablos le trae á V. por esta casa?

RUFINO.

Cómo! ¿Ignora V. que soy el prometido de Anita?

FACUNDO.

No sé quien sea esa señora.

RUFINO.

Pues entonces yo.... yo no sé.... si V. no la conoce.... es decir, no me es posible explicarle....

FACUNDO.

(Me alegraria de tener por rival á este monigote. Hace tiempo que le tengo tirria sin saber por qué.) *(En voz alta.)*: Con que V. es....
El prometido de Anita,
de Anita....

RUFINO.

(Interrumpiéndole.) Sí, señor, la quiero muchísimo.

FACUNDO.

Hágame V. el obsequio, el santo favor de no interrumpirme. Me ha quitado V. de las mientes una soberbia cuarteta!

RUFINO.

Caballero, si estorbo á V.... me retiraré.

FACUNDO.

Todo lo contrario, señor mio; tenemos que hablar un poco y no creo que V. me desaire.

RUFINO.

No señor, nada de eso; estoy á los órdenes de V.

FACUNDO.

En primer lugar, deseo saber si esa Anita es la hermana de Fernando.

RUFINO.

Precisamente.

FACUNDO.

Sírvase V. decirme sus señas.

RUFINO.

Es pequeña, rubia, un poquito pálida....

FACUNDO.

Pálida, rubia, pequeña!...
Voto á brios, que estoy trinando!
¿Usted sus huellas pisando?
¿Usted aspira á su amor?...

RUFINO.

(Dios mio, este hombre está loco!)

FACUNDO.

Oh! no puedo contenerme;
No puedo; y es ya preciso
Que ande usted muy sobre-aviso....
O que tema mi furor.

RUFINO.

Yo.... si V. no me dice el motivo.... la causa de....

FACUNDO.

En primer lugar, es necesario que me ayude V. en una empresa.

RUFINO.

Sabiendo antes....

FACUNDO.

Permítame V.: yo creo que V. no debe saber nada. ¿Están obligados todos los hombres á tener voluntad propia?

RUFINO.

Me parece que sí.

FACUNDO.

Pues á mí me parece que no, y en todo caso ¡qué diantres! sea V. la escepcion.

RUFINO.

Suplico á V. que no se encolerice; querer enterarse de ciertas cosa me parece que no es una ofensa ni un crímen.

FACUNDO.

Pues bien:

Le diré en primer lugar
Que Anita no le conviene,
Que es seguro no le tiene
Un solo adarme de amor.

RUFINO.

Eso no es verso.

FACUNDO.

Entonces será prosa; pero si no es verso al menos es una verdad.

RUFINO.

Pues yo.... con el permiso de V. la pongo en duda.

FACUNDO.

No me interrumpa V.:

Anita no le ama á usted;
Anita no le ama nada;
Anita quiere á otro jóven
Que por Anita se inflama.
Anita al lado de usted
Es el cielo, usted la nada....
Y usted al lado de Anita
Una muñeca sin faldas.

RUFINO.

Caballero, yo.... yo no tolero eso.

FACUNDO.

Y si á usted, caballerito,
No le acomoda mi charla,
Tres caminos restan solos....

RUFINO.

Tres caminos? (Ojalá fueras tú por el del patíbulo!) ¿Y quiere V. decirme?...

FACUNDO.

O abandonar esta casa,
O hacer lo que yo le diga,
O darnos mil estocadas.

(Manejando el baston como si fuera un florete.)

RUFINO.

Ay!

FACUNDO.

Qué es eso? se pone V. malo?

RUFINO.

No, señor, no. (Lo que tengo es que trino, que bufo, que rabio.)

FACUNDO.

Vamos, elija V. un camino. ¿Quiére V. ayudarme en mi empresa y favorecer mis amores? Porque yo la amo; ya debe V. haberlo comprendido.

RUFINO.

Sí, señor; V. se hace comprender de una manera.... que ya!

FACUNDO.

Y qué decide? ¿qué me contesta?

RUFINO.

Que puede V. matarme; que antes de renunciar prefiero morir.

FACUNDO.

Hombre, no sea V. obcecado. Si ella no le quiere ¿por qué no imita V. á D. Simplicio Bobadilla y renuncia generosamente?

RUFINO.

La quiero tanto! *(Vacilando.)*

FACUNDO.

Vamos, que no faltará por ahí alguna otra cara mitad digna de V. —Ahí tiene V. á su madre....

RUFINO.

A mi mamá!... yo incestuoso!!!

FACUNDO.

A la mamá de Anita, hombre; no suponga V. barbaridades.—Es viuda, rica y todavía bastante jóven.—Sí, sí, ya arreglaremos eso.

RUFINO.

Pero sin pensarlo....

FACUNDO.

Vamos; veo con satisfaccion que es V. dócil, que nos entenderémos al fin.

RUFINO.

(Mónstruo! asesino!)

FACUNDO.

En su consecuencia vá V. á proporcionarme una entrevista con Anita.

RUFINO.

Mañana, otro dia.

FACUNDO.

No, ahora mismo.

RUFINO.

Imposible.

FACUNDO.

Pues elija V. armas. ¿Qué prefiere V.? la espada, el puñal ó la pistola?

RUFINO.

Yo! un cuerno! pues no faltaba mas!

FACUNDO.

Y es V. el hombre que quiere casarse? Un hombre con tan poco espíritu!... Vamos, ahora está ella en el comedor; vá V. allí, saluda, entretiene á los demás, se sienta á su lado y le dice al oido que el de la rosa y el pisoton....

RUFINO.

Pero si yo no estoy en antecedentes....

FACUNDO.

Hombre, no sea V. topo, ya verá V. como le comprende. Las mujeres las cojen al vuelo.

RUFINO.

Si está V. seguro....

FACUNDO.

Segurísimo. Al mismo tiempo le desliza un papel.... Espérese V. que voy á escribir dos letras. *(Se sienta y escribe.)*

RUFINO.

(Tengo un miedo estupendo, cerval, como no lo he sentido en mi vida. Y eso que á veces he pasado muy buenos sustos.—Nada, como pueda escaparme no me alcanza un galgo; pero si tengo que ir allí... sí, sí, le doy á Doña Luisa la esquela y que mande á su hijo que tire á este hombre por la ventana.)

FACUNDO.

Perfectamente. *(Lee.)*

Si el cariño de un mortal
Que humildemente os adora,
Os puede inspirar, señora,
Compasion para su mal;
A mitigar su dolor
Llegad piadosa un momento;
Él os ha dado, contento,
El alma por una flor.
Vedle con afan profundo
Sus grillos de amor besando;
Venid, os está esperando
Vuestro esclavo fiel—*Facundo.*

RUFINO.

(Malditos sean sus versos!) Son... sí, señor, son muy bonitos.

FACUNDO.

Vá V. á llevárselos ¿no es verdad?

RUFINO.

Sí, señor, estoy pronto.

FACUNDO.

Bueno, venga V. Desde aquí: *(Llevándole hácia la puerta.)*

Viendo estoy el comedor.
Si V. me vende, sin tedio
Le aseguro por mi honor
Y á fé de fiel amador
Que le quito á V. de en medio.

RUFINO.

No, señor, no; yo llevaré á cabo mi cometido.

FACUNDO.

Cuidado!

RUFINO.

(Maldito! maldito seas!)

ESCENA XIII.

FACUNDO.

Ya vá derechito... ya entra en el comedor, saluda...le invitan á sentarse... Así, así; ¡magnífico! Se conoce que es obediente, prudente y conveniente; que está adornado con cuantas cualidades terminan en *ente*; pero, de todos modos,

Si sumido en desconsuelo
Estaba yo, y á mi anhelo
Corresponde y me ha servido,
Puedo decir que ha venido
Como llovido del cielo.

De todos modos repito la voy á ver; voy á verla cuando me juzgaba mas separado de ella, y á decir verdad, no estoy del todo preparado. Cielos! ya llega con la misma que iba ayer tarde, con ella. ¡Diosas del Pindo, prestadme vuestro aliento!

ESCENA XIV.

FACUNDO.—ANA.—AMALIA.

ANA.

Caballero!

FACUNDO.

Al fin veo á V., al fin tengo la dicha de poder tributarle...

ANA.

Dios mio! si mi mamá y mi hermano supieran...

FACUNDO.

No tema V. nada, no. En el supremo instante de... (Pues señor, no sirvo para la prosa.)

ANA.

Don Rufino...

FACUNDO.

Habrá indicado á V. que estoy aquí; le habrá entregado mi billete; pero no es posible que haya podido decirla el estado de mi corazon; en este mismo instante ni aun yo mismo pudiera explicarlo.

ANA.

Sin embargo.... si su amor de V. solo data de ayer....

FACUNDO.

Sí, desde ayer, mi alegría;
De ayer data, no lo niego;

Solo ha trascurrido un dia;
Mas ¿qué importa, vida mia,
Si desde ayer estoy ciego?
¿Qué importa si un solo instante
Bastó á ganar mi albedrío?
¿Qué importa, si vacilante
Desde ayer, rendido amante,
Conozco que no soy mio?
Poco importará, en verdad,
Un solo dia, un momento,
Si en alas de tu beldad
No huyera mi pensamiento
Con mi dulce libertad.
Oh! sí, sí, prenda querida,
Yo te amo mas que á mi vida,
Tú eres mi luz, mi esperanza;
porvenir que en lontananza
Mi dicha tiene escondida.
Tus ojos son seductores,
Tu boca respira amores,
Tu sonrisa angelical
Trueca en dichas los dolores,
Lo mundano en celestial.
Y vertiendo así el placer,
No existiendo en parte alguna
Cual tú, tan bella mujer,
¿Cómo idolatrarte ayer
No me hiciera mi fortuna?

(Siguen hablando en voz baja.)

AMALIA.

(Mirando el retrato.) (Dios mio! qué perfecto está! Mi imájen debe hallarse grabada en su mente; mas no tanto como la suya lo está en mi corazon.) *(Se sienta junto á la mesa en donde estuvo escribiendo Fernando.)*

FACUNDO.

Oh! una sola palabra de amor; una sola esperanza y soy dichoso!

ANA.

Y qué quiere V. que le diga? Si hablo francamente; me gustan sus versos, pero ¿estoy segura de haberlos inspirado?

FACUNDO.

Ruego á V. que perdone mi manía de hacer y decir versos, que es mi único vicio, y no dude que el corazon acaba de dictar mis palabras. *(Continúan hablando.)*

AMALIA.

(Revisando maquinalmente los papeles y hallando la carta que estaba oculta en el cartapacio.) (Dios mio! un billete para mí! Veamos lo que me dice.) *(Lo abre.)*

FACUNDO.

Crea V. mis palabras: la amo con delirio.

ANA.

Es esa mi rosa?

FACUNDO.

Sí, aquí; siempre aquí sobre mi corazon. *(Siguen hablando.)*

AMALIA.

¿Con que ya no hay duda de que el hermano de Ana me quiere?... Oh! veamos lo que me dice. (*Leyendo.*)

"Amalia: basta de silencio; ¿por qué ha de padecer mi corazon cuando atesora la dulce esperanza de ser correspondido? Amalia, ¿seré algun dia digno de que V. escuche con bondad el juramento que la hago de ser siempre su esclavo?..." (*Deja de leer.*)

Sí, tiene razon, basta de silencio y de dudas crueles; que sea tan feliz cuando vuelva, al ver lo que le contesto, como él me hace en este instante.) (*Se pone á escribir despues de guardar el billete.)*

FACUNDO.

Lo duda V. un momento? Al anochecer perdí á ustedes de vista y mi corazon se quedó lleno de profunda tristeza. Vagué por las calles de Madrid buscando sin consuelo sus huellas; me dirigí al liceo donde se ensayaba una de mis humildes producciones y retirándome, por último, á casa, me acosté inmediatamente, no sin imprimir antes mis ardientes labios en esta rosa.... en esta rosa, testigo por una parte de mi felicidad y de mi afliccion por otra. Quedéme dormido y fué para evocarla en mis sueños....

ANA.

De veras?

FACUNDO.

La ví á usted... la ví á usted cual siempre bella
En carroza de nácar y de oro,
Sobre una nube que fulgor destella.
De amor vertiendo su sin par tesoro.
La ví cruzar el alto firmamento
Coronada de perlas y de flores,
Embalsamando por do quiera el viento
Y por do quiera difundiendo amores.
La ví.... y estremecido y anheloso
Me atreví á contemplar tanta hermosura;
Ofuscado quedé; mas venturoso
Hallé en su rostro angelical ternura.
Miré en sus labios plácida sonrisa;
Bebí en sus ojos su mirada ardiente
Y cual marino que el fanal divisa
Tendí mis brazos y elevé mi frente.
Y usted mas bella que el fulgor sidéreo,
Usted tan linda como Venus bella,
Rauda cruzando en el espacio aéreo
Dejó en el cielo rutilante huella.
Y bajando despues donde yo estaba
Calmó piadosa mi amoroso anhelo;
Me dijo.... sí, me dijo que me amaba
Y luego hermosa remontóse al cielo.

ANA.

Qué coincidencia! Tambien yo he soñado que le veia y que llevaba mi rosa sobre su pecho. Así, así como la tiene ahora.

AMALIA.

(*Dejando de escribir.*) (Cierro mi billete y lo pongo donde estaba el suyo.) *(Coloca su carta en el cartapacio.)*

FACUNDO.

Ah! qué feliz me hace esa revelacion!

AMALIA.

(Tal vez sea un paso imprudente; mas ya no me es posible retroceder. Mi corazon se inclina hácia el suyo sin poder contenerle. Basta ya de silencio y vacilaciones.) (*Se levanta.)*

FACUNDO.

No tema V. nada, bellísima Anita. Seré tan prudente como me sea posible.

AMALIA.

Oh! que no sepa nada Fernando.

FACUNDO.

Nada, nada absolutamente. *(A Amalia.)* Y usted, señorita, ¿no tiene algo que ordenarme?

AMALIA.

Yo!... (Si habrá observado?...)

ANA.

Dios mio! mi hermano se acerca; vámonos, Amalia.—Facundo!

FACUNDO.

Callaré, callaré, aunque me cueste trabajo.

AMALIA.

Y para mí ¿habrá igual silencio? Se lo suplico á usted.

FACUNDO.

(Silencio!... ¿De qué me hablará?)

ANA.

Hasta luego.

FACUNDO.

Adios.

AMALIA.

Silencio! *(Vanse por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA XV.

FACUNDO.—FERNANDO.

FERNANDO.

(*Se queda parado en la puerta del fondo.*) Con que no me habian engañado? Conque era cierto que habias dado una cita á esas jóvenes?

FACUNDO.

Muy serio me lo dices; pero no acierto á comprender....

FERNANDO.

(*Avanzando á la escena.*) Mira, Facundo; en este momento acabo de verte con mi hermana y su amiga, rogándote la última que guardaras silencio. Concibo muy bien que un jóven galante procure obedecer las órdenes de una muchacha bonita; pero el disimulo y la superchería son indignos de tí; indignos de un caballero y de un amigo.

FACUNDO.

Pues bien, si el disimulo te es tan odioso, ten la bondad de decirme una cosa. ¿Es D. Rufino de la Alcubilla, mozo imberbe, afeminado y estúpido, quien te ha dado el soplo?

FERNANDO.

No quiero negarlo; D. Rufino me ha dicho en voz baja que estaban aquí contigo....

FACUNDO.

Y nada mas te ha indicado?

FERNANDO.

Le he prestado atencion por ventura? Yo queria cerciorarme, verlo todo, y le he dejado con la palabra en la boca.

FACUNDO.

Como atrape al Don Rufino
Ya se puede encomendar
A la Vírgen del Pilar
Y al Niño Jesus Divino.
No hay remedio, lo asesino;
Lo destrozo, es lo seguro;
Lo magullo, lo trituro:
Hago polvo al infeliz;
Lo paso por un tamiz
Y lo arrojo á un sitio impuro.

(Afortunadamente Fernando no sabe de la misa la media. Si pudiera forjar una mentira.... sí, si, magnífico! He aquí una buena estratagema.) Mira, Fernando, no quiero negártelo; la amo, la amo con locura.

FERNANDO.

Sí? pues sea enhorabuena, me alegro mucho. (*Con despecho.*)

FACUNDO.

Y ella me corresponde.

FERNANDO.

Tanto mejor. (*Paseando en extremo agitado.*)

FACUNDO.

Y por esto te he dicho que soy feliz; ya se vé, la quiero tanto!

FERNANDO.

Es claro, como sueles quererlas á todas.

FACUNDO.

Sea como fuere, creo que mi amor no puede ofenderte.

FERNANDO.

Ya se vé, si eres un angelito.

FACUNDO.

Escucha.

FERNANDO.

Vete, déjame en paz.

FACUNDO.

Pero si á quien amo es á la otra.

FERNANDO.

La otra! y quién es la otra?

FACUNDO.

La de la pisada....

FERNANDO.

Pues! la de la rosa; valiente coqueta!

FACUNDO.

Pero, hombre, si no es tu hermana... si es...

FERNANDO.

Lo comprendo; me hablas de Amalia. (Oh! no sabe el daño que me está haciendo!)

FACUNDO.

Ya ves si puedes tranquilizarte.

FERNANDO.

Si estoy completamente tranquilo, no lo ves? (*Con ironía.*)

FACUNDO.

¿Cómo habias de presumir que tu hermana?... Nada, nada de eso; Amalia... mi Amalia es...

FERNANDO.

(*Interrumpiéndole encolerizado.*) Eres mi amigo?

FACUNDO.

Pues me agrada la pregunta!
Soy tu amigo hasta la muerte...

FERNANDO.

No estoy para versos. Eres mi amigo? sí ó no.

FACUNDO.

Qué displicencia! Sí, hombre, sí.

FERNANDO.

Pues si lo eres, no me hables mas de tus amores. Lo entiendes?

FACUNDO.

Te ofendo yo en algo?

FERNANDO.

Por supuesto que tratarás de seguir adelante?

FACUNDO.

Sí, chico.

FERNANDO.

Y te casarás con ella?

FACUNDO.

Lo haré; será mi última calaverada, mi última barbaridad. ¡Cómo ha de ser!

FERNANDO.

Vete, me estás dando tormento.

FACUNDO.

Estás loco?

FERNANDO.

Ingrata!

FACUNDO.

(Ya lo comprendo todo... Torpe! qué es lo que he estado haciendo?)

FERNANDO.

Yo la amaba, la amaba con locura!

FACUNDO.

(Pues señor, ella estuvo allí, estuvo escribiendo que se las pelaba, y luego me exigió el secreto. La he bordado.)

FERNANDO.

La amaba con todo mi corazon.

FACUNDO.

(Si se lo diré todo?)

FERNANDO.

Y á las primeras de cambio, admite las galanterías de un cualquiera...

FACUNDO.

(Zape! para que le diga que es su hermana!)

FERNANDO.

De un desconocido, de un tronera en fin.

FACUNDO.

Despréciame con exceso;
Mas no me llames tronera,
Que tambien esa mollera
No contiene mucho seso.
Y si tú...

FERNANDO.

Si pudieras leer en mi alma!

FACUNDO.

Celoso estás, ya lo veo;
No puedes estarlo mas;
Estás dado á Barrabás,
Estás beodo... lo creo.

FERNANDO.

Ya te he dicho que no tengo humor para oir versos.

FACUNDO.

Pues yo tampoco para explicarme en lánguida, monotona é insípida prosa.

FERNANDO.

Bien manifiestas tu alegría.

FACUNDO.

Siendo feliz ¿cómo he de ser circunspecto? Vamos, Fernando, no seas tonto; alégrate conmigo.

FERNANDO.

Abusas demasiado de mi amistad, de mi paciencia. Mira, mira este retrato. *(Mostrándoselo.)*

FACUNDO.

Calla! pues si es el de Amalia!

FERNANDO.

La amaba como á mi salvacion; era el único objeto que me hizo apreciar la vida y acaba de arrebatármela. Quieres que me alegre contigo?

FACUNDO.

Sí, amigo mio, alegrémonos;
Lo demás será tan cándido
Como soso, antipoético,
Y asaz ridículo y lánguido.

FERNANDO.

Déjame, quiero estar á solas.

FACUNDO.

Anda, celoso! Te impide alguien que la ame?

FERNANDO.

Juzgas posible todavía?...

FACUNDO.

Quién lo duda?

FERNANDO.

Ella no me ama...

FACUNDO.

Quién sabe?

FERNANDO.

Y si piensas casarte con ella...

FACUNDO.

Qué importa? Vamos, hombre, no seas insípido; hazla el amor, que no te pesará.

FERNANDO.

Te atreves á aconsejarme?...

FACUNDO.

Sí, sí, mil veces sí.

FERNANDO.

Pensarás renunciar á tu amor?

FACUNDO.

Sí y nó, que son dos cosas.

FERNANDO.

Explícate.

FACUNDO.

No puedo.

FERNANDO.

(*Sin poder contenerse.*) Pues me darás una satisfaccion.

FACUNDO.

Todas las que quieras. Hasta luego.

FERNANDO.

A dónde vas?

FACUNDO.

A ver vuestra madre voy,
Con quien probaros espero,
Que aunque os ame la que quiero
Vuestro rival nunca soy.

Adios.

FERNANDO.

Si te burlas...

FACUNDO.

No me burlo; te lo juro á fé de trovador.

ESCENA XVI.

FERNANDO.

Me choca su alegría. Le acabo de abrir mi pecho,le he manifestado la pasion que me consume y... Si querrá burlarse de mí? Seria lance por cierto! Amalia estaba hablando con él; le encargó un secreto y huyó inmediatamente. Él me habia contado su aventura y Rufino me dijo que estaban aquí, que me enterase de lo que pasaba. ¿Puedo adquirir mayor certeza de que Facundo se ha estado burlando de mí? Dios mio! un amigo... pero ¿puede serlo quien se goza en mi infortunio? Oh! no, su perfidia autoriza mi venganza. Nada hay ya de comun entre los dos.

ESCENA XVII.

FERNANDO.—RUFINO.

RUFINO.

Lo vió V.?

FERNANDO.

Sí, Rufino, se aman; lo he visto.

RUFINO.

Y usted opina....

FERNANDO.

Opino matar á Facundo.

RUFINO.

(Pues señor, éste se inclina tambien en favor mio. Soy el hombre mas dichoso....)

FERNANDO.

Mintiéndome amistad, me vendia, me engañaba.

RUFINO.

Por eso yo.... yo que le aprecio á V. tanto....

FERNANDO.

Sí, V. se ha tomado interés, me ha hecho conocer á la ingrata.

RUFINO.

Ingrata, dice V. bien. ¡Amar á ese poetilla de mala muerte, cuando hay mortal que la quiere tanto!...

FERNANDO.

La amaba mucho, sí; pero ahora.... la aborrezco.

RUFINO.

Sin embargo, si ella se arrepiente.... si ella conviene en....

FERNANDO.

Imposible! ya no hay medios de adquirir la esperanza que se ha desvanecido. Si ella le quiere ¿qué he de hacer yo?

RUFINO.

Ya; pero usted.... su mamá.... tienen derechos....

FERNANDO.

Derechos! no tenemos ninguno; pensar otra cosa es una insensatez.

RUFINO.

Pero hombre, si V. se empeña ¿cómo se ha de oponer ella á lo que V. la ordene?

FERNANDO.

Está usted en su juicio? Si ella rechaza mi pasion....

RUFINO.

Su pasion de V.!!!

FERNANDO.

Sí, mi amor, el ardiente amor que la profesaba.

RUFINO.

(Dios mio! todo el mundo me habla de incestos espantosos! Yo estoy horrorizado!)

FERNANDO.

Será preciso resignarme, renunciar á un afecto sin esperanzas, á una loca y ciega inclinacion que á todo trance debo vencer.

RUFINO.

Sí, señor, dice V. muy bien; su afecto de V. es un poco.... un poquito, así como si dijéramos un poquito criminal.

FERNANDO.

Criminal mi afecto! y por qué?

RUFINO.

Porque amar de ese modo.... es decir, abrigar una pasion de esa naturaleza tratándose de una hermana....

FERNANDO.

De una hermana! quiere V. volverme loco? puede V. presumir?....

RUFINO.

¿No acaba V. de decirme que ama á quien ama su amigo?

FERNANDO.

La amaba y esto nada tiene de extraño.

RUFINO.

Pero si las tales relaciones de D. Facundo son con Anita.

FERNANDO.

Está V. en un error; son con Amalia.

RUFINO.

De veras?

FERNANDO.

Como lo digo.

RUFINO.

Entonces, ay qué gusto! cuánto me alegro!

FERNANDO.

Y tiene V. la osadía de manifestármelo despues de lo que llevo dicho? Miserable! Va V. á darme una satisfaccion.

RUFINO.

Que me matan! favor!

FERNANDO.

Así exclaman las liebres. Cobarde!

ESCENA XVIII.

DICHOS.—DOÑA LUISA.

DOÑA LUISA.

Qué es eso? quién grita?

FERNANDO.

Este maricon, este impertinente á quien no quiero ver.

RUFINO.

Ay! doña Luisa! favorézcame V.

DOÑA LUISA.

Fernando, tu comportamiento me sorprende. ¿Qué significa semejante lescompostura?

ESCENA XIX.

DICHOS.—FACUNDO.

FACUNDO.

(Viendo á Rufino y corriendo hácia él.)

Ya estoy aquí, pobreton;
Deja que te coja, deja:
Te he de arrancar una oreja
por malandrin, por soplon.

RUFINO.

Ay! ay!

DOÑA LUISA.

Don Facundo ¿qué está V. haciendo?

FACUNDO.

(A Rufino.) Muñeco! títere! figurilla!

RUFINO.

(Si chisto me va á estrangular.)

DOÑA LUISA.

Caballero, ruego á V. que tenga la bondad de decirme.... de explicarme....

FACUNDO.

Pues bien:

Diré á usted que en usted cifro
Mi porvenir, mi ventura;
Que usted, señora, en su mano
Tiene mi dicha futura.
Diré á usted....

FERNANDO.

Madre mia, suplico á V. que no dé crédito á sus palabras.

FACUNDO.

Quítate de aquí, torpe.

FERNANDO.

Me has robado la dicha y aun te burlas de mí.

FACUNDO.

Eres sabio como Horacio;
Pero yo sé mucho mas.
Corre, y allá lo verás
Dentro de tu cartapacio.

FERNANDO.

No comprendo....

DOÑA LUISA.

¿Tienen ustedes la dignacion de aclararme....

FACUNDO.

Voy á hacerlo lisa y llanamente, señora. Yo amo á su hija de V. y aspiro á su mano. ¿Seré digno de ella?

FERNANDO.

Qué estás diciendo? (*En extremo sorprendido.*)

FACUNDO.

Digo que V. no merece descalzarme las botas; pero aspiro á ser su hermano y le perdono. Advierto á V. que en el cartapacio.... (*Cambiando de tono.*)—En el cartapacio, hombre, no seas topo.

FERNANDO.

Será posible? (*Vá hácia la mesa y mira el cartapacio del cual saca el billete que Amalia escribió.*)

RUFINO.

(Si hablo son capaces de arrancarme la lengua.)

FACUNDO.

Y usted, Doña Luisa, ¿no se dignará otorgarme la mano de Anita?

FERNANDO.

(*Leyendo.*) "No mas silencio, no, mi corazon es suyo."—Dios mio! es cierto lo que miro?

DOÑA LUISA.

(*A Facundo.*) Si ella accede....

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—ANA.—AMALIA.

FERNANDO.

(*Viéndola y corriendo hácia ella.*) Amalia! Amalia mia!

AMALIA.

Fernando!

FACUNDO. (*A Fernando.*)

Magnífico! el frenesí
De tu pasion, me embelesa;
Pero dime ¿no te pesa
El corresponderme así
Olvidándote de mí?

FERNANDO.

Tienes razon, lo comprendo todo, veo que eres mi amigo y....

FACUNDO.

Seré un héroe si quieres;
Pero, Fernando, dispensa:
Yo cumplí con mis deberes,
Y pido la recompensa;
Cumple tú como quien eres.

FERNANDO.

Toma la mano de mi hermana. (*A Doña Luisa.*) Madre mia, él será digno de ella. Apruebe V. y bendiga esta union.

DOÑA LUISA.

No me opongo, si bien pienso enterarme antes de todo lo que ha pa-

sado. Debo advertir al mismo tiempo que D. Rufino me habló esta mañana....

RUFINO.

Señora, yo... yo desisto de mi proyecto; se me figura que Anita no me quiere mucho....

FACUNDO.

Y renuncia V. generosamente, ¿no es cierto?

RUFINO.

Renuncio.

FACUNDO.

Gracias; por ese arranque de abnegacion sublime merece V. una condecoracion, una cruz cualquiera. Doy á V. la cruz de *Puerta-cerrada.*

RUFINO.

Ahora, con permiso de ustedes.... *(Saluda y se va.)*

FACUNDO.

Ana mia! Juntos para no separarnos nunca!

ANA.

Facundo!

FERNANDO.

Sí, mas sea con una condicion.

FACUNDO.

Con una condicion!

FERNANDO.

La de que renuncies á hablar en verso desde hoy hasta la consumacion de los siglos.

FACUNDO.

Yo renunciar estando enamorado!
Antes morir que verme deshonrado.
No obstante, *(A Doña Luisa.)* si usted, madre mia, lo decide así.....

DOÑA LUISA.

No, no quiero prohibírselo; siempre parece enojoso lo forzado, y se suele apetecer lo prohibido. Debo, á pesar de esto, manifestarle con franqueza, que su costumbre de hablar en verso se ha convertido en vicio, que en sociedad no juzgo del todo aceptable.

FERNANDO.

Lo estás oyendo? No hay apelacion.

FACUNDO.

Sentencia mas enojosa!
Yo me pronuncio.

FERNANDO.

Estás ciego....

FACUNDO.

Fernando! yo te lo ruego:
Al menos.... *en verso y prosa.*

FIN.

MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 30 – Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 88 á 90)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO R[illegible]ERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID